

# EMPATIA Y CONDUCTA ANTISOCIAL

**Lourdes Mirón Redondo**  
**Jose Manuel Otero López**  
**Angeles Luengo Martín**

Sección Psicología  
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

## Resumen

*En el presente trabajo se analiza la relación entre los componentes afectivo y cognitivo de la empatía, y los distintos tipos de conducta antisocial (Conducta Contra Normas, Vandalismo, Robo, Agresión, y Consumo de Drogas), utilizando una muestra de 540 adolescentes de ambos sexos, con edades comprendidas entre los 11 y los 18 años.*

*Los resultados ponen de manifiesto que existe una correlación significativa, y de signo negativo, entre empatía y conducta antisocial, especialmente para el componente afectivo de la empatía, y para las conductas delictivas más violentas (Vandalismo y Agresión). Esta relación, sin embargo, está fuertemente modulada por la variable sexo. Los adolescentes varones con conducta antisocial presentan, en todos los casos, niveles de empatía (afectiva y cognitiva) significativamente más bajos que los que no realizan tales conductas. Para las mujeres, por el contrario, estas diferencias son significativas únicamente para el componente afectivo de la empatía y para las conductas antisociales violentas. Además las mujeres, tanto delincuentes como no delincuentes, son claramente más empáticas que los hombres de su misma edad. Como conclusión, cabría decir que, de acuerdo con nuestros datos, la empatía puede ser una variable imprescindible para la comprensión de la conducta antisocial de los adolescentes varones, y un factor relevante en el análisis de la conducta violenta de las mujeres.*

## Summary

*In this paper the relation between empathy's affective and cognitive components and the different types of antisocial behavior (Status Offense, Vandalism, Theft, Aggression, and Illicit Drug Use) is analysed. A sample of 540 males and females adolescents from eleven to eighteen was used.*

*The results reveal a significant negative correlation between empathy and antisocial behaviors, particularly concerning to the affective component of empathy and the most violent delictive behaviors (Vandalism and Aggression). This relation is, nevertheless, strongly modulated by sex. Males adolescents with antisocial behavior present, in all comparisons, significantly lower levels of (affective and cognitive) empathy than those who do not display such behaviors. However, for females, these differences are only significant in the case of the affective component of the empathy and antisocial violent behaviors. Furthermore, both delinquent and non-delinquent females are clearly more empathic than men of the same age. In conclusion, according to our results, we could state empathy to be an essential variable to understand male adolescent's antisocial behavior, and a relevant factor for the analysis of female's violent behavior.*

El estudio de la empatía, y de su relación con la conducta del individuo, ha experimentado un auge importante durante los últimos años, hasta el punto de que, en la actualidad, existe un amplio consenso en admitir que la empatía debe ser considerada como un factor de gran relevancia en el análisis y explicación de todo el proceso de desarrollo e interacción social (ver, por ej. : Aronfreed, 1968; Rotenberg, 1974; Iannotti, 1978; Gruen y Mendelsohn, 1986).

El interés por el estudio de la relación entre empatía y conducta antisocial ha surgido, fundamentalmente, a partir de los resultados de las investigaciones previas acerca de la relación entre empatía y conducta prosocial. Aunque existen algunos hallazgos contradictorios (Underwood y Moore, 1982), la mayor parte de los estudios realizados ponen de manifiesto que la empatía es un factor importante en el proceso mediante el cual el individuo desarrolla pautas de pensamiento y comportamiento acordes con las normas sociales. Así, autores como Kohlber (1969), Hogan (1969, 1973), Eisenberg-Berg y Mussen (1978, Hoffman (1975, 1978), Kalliopuska (1983), Barnett y Thompson (1985) y Eisenberg y Miller (1987) informan, consistentemente, de que los sujetos con un alto nivel de empatía presentan un grado significativamente mayor de desarrollo moral, altruismo y/o conducta de ayuda que los sujetos poco empáticos.

De acuerdo con este patrón de resultados, cabría esperar, tal como señala Ellis (1982), que los sujetos con conducta antisocial presenten algún retraso o es-

tancamiento en el desarrollo de su habilidad empática.

Sin embargo, los pocos estudios planteados para poner a prueba esta hipótesis arrojan resultados contradictorios. Así, por ejemplo, en los trabajos realizados con niños, y en los que se intentaba analizar la relación entre empatía y agresividad, autores como Braunstein (1975) y Feshbach (1975) concluyen que entre los 5 y 6 años la empatía actúa como "un inhibidor de la agresión". Por su parte, Feshbach y Roe (1968) encuentran que a los 4 y 5 años la empatía correlaciona negativamente con la agresión, pero que a los 6 años esta relación se invierte. Por último, Markus, Roke y Bruner (1985) no observan ninguna asociación significativa entre empatía y agresión trabajando con niños y niñas de entre 4 y 6 años; aunque sí detectan que las chicas y los sujetos de mayor edad (niños y niñas) puntúan más alto en empatía que los chicos y los sujetos más jóvenes.

Los trabajos más específicos, realizados con muestras de adolescentes varones y basados, fundamentalmente, en comparaciones entre delincuentes institucionalizados y no delincuentes, presentan también resultados diversos. Mientras algunos autores confirman claramente que los delincuentes mantienen niveles de empatía más bajos que los no delincuentes (Ellis, 1982), e, incluso, que entre los delincuentes son aquellos con conducta antisocial agresiva los que presentan un mayor déficit en cuanto a su desarrollo empático (Aleksic, 1976; Jurkovich y Prentice, 1977); otros investigadores no encuentran relación entre conducta agresiva de los adolescentes y empatía (Hoppe y Singer, 1975). Por último, Rotenberg (1974) informa que los delincuentes, cuando se les compara con los no delincuentes, son deficitarios en cuanto a los aspectos afectivos de la empatía, pero no en cuanto a los aspectos cognitivos. La única investigación en la que se ha incluido hombres y mujeres delincuentes (Mullis y Hanson, 1983) confirma claramente que las mujeres presentan, en general, mayores puntuaciones en empatía que los hombres, pero fracasa en cuanto a detectar diferencias en la habilidad empática de delincuentes y no delincuentes.

Esta disparidad de resultados es, posiblemente, el reflejo de dos problemas de base. El primero de ellos, y tal vez el más importante, afecta a toda la investigación acerca del constructo empatía, y tiene que ver con la enorme diversidad de definiciones teóricas y operativas existentes del concepto empatía. El segundo problema, ya más específico, se vincula directamente con el tipo de muestra utilizada en los estudios comentados acerca de la relación empatía/conducta antisocial.

Por lo que respecta al problema de definición, todos los autores coinciden en afirmar que es el *handicap* más importante de la investigación en el área, directamente responsable de la imposibilidad de extraer conclusiones claras tanto acerca de la relación entre empatía y conducta, como acerca de la naturaleza y el proceso de desarrollo de la empatía. Durante décadas, los autores han definido la empatía de múltiples maneras, por ejemplo, como "insight" social (Dymond, 1950), como habilidad para comprender el estado afectivo (y/o cognitivo de otra persona (Hogan, 1969; Deutsch y Madle, 1975), ó como sensibilidad afectiva ante el estado emocional de otro, entendiéndolo por tal bien un acompañamiento vicario emo-

cional (Feshbach y Roe, 1968), bien un sentimiento de simpatía y comprensión por el otro (Coke y col. , 1978), o bien una combinación de acompañamiento emocional y respuesta solidaria (Hoffman, 1982; Mehrabian y Epstein, 1972). Consecuentemente, las mediciones del constructo han sido igualmente variadas; se han utilizado desde tests proyectivos, a observaciones directas de la conducta verbal y no verbal, autoinformes, informes de terceras personas, tareas de *role-taking*, etc. (Eisenberg y Lennon, 1983).

La necesidad de encontrar un marco teórico mayoritariamente aceptado, que permita avanzar en el conocimiento de las implicaciones que la empatía puede tener para la conducta del individuo, ha llevado a algunos autores, en los últimos años, a realizar revisiones exhaustivas de todas las definiciones que han ido apareciendo del término empatía (Davis, 1980, 1983; Goldstein y Michaels, 1985). Estas revisiones ponen de manifiesto que la diversidad no es, en realidad, insalvable, dado que en todas las definiciones se hace referencia a un fenómeno de "sensibilidad" a las experiencias afectivo/emocionales de los otros, así como a un elemento de comprensión y/o participación en ellas (Choplan y col. , 1985). En último término, las divergencias se producen en cuanto a si la empatía implica experiencia vicaria real de las emociones del otro o, simplemente, la disposición o habilidad para comprender los sentimientos del otro (Shantz, 1975). Es decir, y en términos generales, la empatía, al menos en los últimos años, ha sido definida bien desde una perspectiva cognitiva o bien desde una perspectiva afectiva. La percepción y/o comprensión de cómo se siente otra persona constituye el marco cognitivo, mientras que la experiencia real de los sentimientos o emociones de los otros conforma el enfoque afectivo.

En la actualidad se considera que para una adecuada comprensión del fenómeno empatía es necesario abandonar esta dicotomía y reconocer explícitamente que en la respuesta empática existen tanto componentes cognitivos como afectivos (e incluso de comunicación, motrices, etc.), de manera que cualquier estudio que se plantee, debería asegurar la medición, al menos, de estos dos aspectos fundamentales, dado que existe la posibilidad de que la aportación de cada uno de ellos para la explicación de una determinada conducta no sea idéntica, e incluso varíe en función de otros factores personales y situacionales. Conviene reseñar que ninguno de los estudios comentados acerca de la relación empatía/conducta antisocial, con excepción del realizado por Rotenberg (1974), ha tenido en cuenta esta sugerencia, de modo que en cada uno de ellos se han utilizado distintos conceptos y mediciones de la empatía.

El segundo problema al que hacíamos referencia para explicar la inexistencia de conclusiones claras en los estudios acerca de la relación entre empatía y conducta antisocial se refiere al tipo de muestra utilizada. Tradicionalmente, se ha recurrido a dos formas principales de identificación de sujetos delincuentes: los informes oficiales y los autoinformes. Sin embargo, los informes oficiales han ido progresivamente perdiendo vigencia como resultado de la constatación de dos fenómenos interesantes: la delincuencia oficial incluye únicamente a aquellos sujetos

cuya conducta antisocial es lo suficientemente grave y/o persistente como para llamar la atención de los agentes de control social, y, además, estos delincuentes "detectados" pertenecen casi exclusivamente a las clases social y culturalmente más desfavorecidas, y, por tanto con menos recursos ante la actuación de la justicia (Dentler y Monroe, 1961; Farrington, 1979). Los trabajos realizados en base a autoinformes de conducta antisocial han demostrado sistemáticamente que la tasa de delincuencia real es mucho mayor que la de delincuencia oficial, y que los actos delictivos implican por igual a sujetos de distintas clases sociales. Así, y básicamente, mientras los índices oficiales sólo permiten analizar la delincuencia en cuanto atributo o "etiqueta social", los autoinformes posibilitan su consideración en cuanto variable conductual (Olzack y col., 1983). Por ello, y teniendo en cuenta la evidencia a favor de que los sujetos pueden ser utilizados como informadores válidos de su propia conducta delictiva (ej.: Reiss y Rhodes, 1961; Clark y Tiff, 1966; Gibson et al., 1970), en la actualidad existe un amplio consenso en el sentido de que los auto-informes presentan ventajas importantes con respecto a los informes oficiales cuando lo que se intenta es determinar la relación de la conducta delictiva con otras variables psicológicas y sociales.

En los estudios empatía/conducta antisocial se han utilizado mayoritariamente muestras de sujetos institucionalizados, a los que se comparaba con sujetos no delincuentes. Es decir, estos trabajos están analizando únicamente la relación entre empatía e institucionalización, y no entre empatía y conducta delictiva. Pero además, dado que se toma como criterio de delincuencia los índices oficiales, puede suceder que en el grupo "control" de no delincuentes se estén incluyendo sujetos que, a pesar de no haber sido detectados como delincuentes, realicen, de hecho, actividades delictivas. Es decir, las diferencias a nivel de resultados pueden venir determinadas, al menos en cierta medida, por las características del grupo de no delincuentes, utilizado en cada uno de los estudios. Se trata únicamente de una hipótesis, pero no cabe duda de que es un aspecto que no debe descuidarse si lo que se intenta es clarificar la relación entre empatía y delincuencia en cuanto conducta antisocial y no únicamente en cuanto "etiqueta social".

En el trabajo que presentamos, intentaremos subsanar estas dos deficiencias de los estudios previos, realizando un acercamiento al análisis de la relación empatía/delincuencia que recoja las sugerencias más recientes de estas dos áreas de estudio. Así, utilizaremos dos cuestionarios de empatía para evaluar los componentes afectivo y cognitivo del constructo, y un autoinforme de conducta antisocial como medición de la variable conducta delictiva. Por último, y para poner a prueba el hallazgo de que las mujeres presentan, sistemáticamente, mayores puntuaciones en empatía que los hombres (ej.: Adams et al., 1979; Eisienberg y Lennon, 1983; Hanson y Mullis, 1985) utilizaremos una muestra de adolescentes de ambos sexos.

Nuestra hipótesis de partida establece que los sujetos con conducta antisocial presentarán niveles más bajos en empatía que los sujetos que no realicen tales conductas.

## Método

### Muestra

La muestra del estudio estaba compuesta por 540 adolescentes, 270 hombres y 270 mujeres, escolarizados en los niveles 7º y 8º de EGB, 1º, 2º y 3º de BUP y FP de 1º y 2º grado, en centros públicos de Santiago de Compostela (La Coruña) y Villagarcía de Arosa (Pontevedra). Los sujetos tenían edades comprendidas entre los 11 y 18 años ( $X = 14.56$  años,  $DS = .06$ ).

Utilizando como índice socioeconómico el nivel de estudios y la profesión de ambos padres, se observa que el 22% de los sujetos pertenecen a la clase baja (obrerros sin especializar, con un nivel de escolarización igual o inferior a 8º de EGB), el 41.7% a la clase media-baja (obrerros especializados con estudios primarios o medios), el 30.7% a la clase media-alta (pequeños comerciantes, funcionarios, etc., con estudios medios o superiores), y el 5.6% a la clase alta (profesionales liberales, empresarios, etc., con estudios superiores). En cuanto al lugar de residencia, el 26.9% de los sujetos vivían en zona rural, y el 73.1% en área urbana (el 51.3% en barrios y el 21.8% en el centro).

### Medición de las variables

Los datos fueron recogidos, entre los meses de enero y febrero de 1988, por medio de autoinformes aplicados a los sujetos durante el horario de clases en sesiones de, aproximadamente, una hora de duración.

Para evaluar la empatía afectiva se utilizó el Índice de Empatía desarrollado por Bryant (1982) como una adaptación para niños y adolescentes del conocido Cuestionario de Medición de la Empatía Emocional (QMEE) de Mehrabian y Epstein (1972). Este índice consta de 22 ítems que evalúan el grado de "reactividad" emocional del sujeto ante los sentimientos y emociones de los demás. Aunque el formato original de respuesta a cada ítem es dicotómico (SI/NO), nosotros hemos utilizado un formato tipo Likert, con 5 categorías, que incluyen desde "Nunca" (con un valor asignado de 1 en los ítems formulados de forma positiva y de 5 en los negativos) hasta "Siempre" (con valores de 5 y 1 respectivamente). La consistencia interna de los ítems, de los que informa Bryant (1982), obtenida por medio del alfa de Cronbach, oscila entre .68 en una muestra de sujetos de 10 y 11 años, y .79 con sujetos de 13 y 14 años. Nosotros, al analizar los datos de la muestra de adolescentes, hemos obtenido un alfa de .71.

En cuanto al componente cognitivo de la empatía, lo hemos evaluado utilizando el Ps-1, elaborado por Pelechano (1984, 1986) como parte de una amplia batería destinada a evaluar las habilidades sociales de niños y adolescentes. Consta de 18 ítems agrupados en 4 factores, que en su conjunto, miden la capacidad del sujeto para identificar sentimientos en los demás. La puntuación en cada uno de estos factores se obtiene computando el número de respuestas indicativas de que el

sujeto comprende las situaciones que se plantean e identifica correctamente los sentimientos de sus protagonistas. La consistencia interna (alfa de Cronbach) de la que informa el autor del instrumento, oscila entre .50 y .77 para los distintos factores. El alfa obtenida con nuestra muestra, para la escala total, se sitúa en .79.

Por último, y para evaluar el grado de implicación de los sujetos en actividades delictivas, utilizamos el Cuestionario de Conductas Antisociales (CCA), elaborado por nuestro propio equipo, con el propósito de disponer de un instrumento que nos permitiese obtener una medición, destinada a los adolescentes, tanto de la delincuencia globalmente considerada, como de cada uno de los tipos de conducta que habitualmente se encuadran dentro de este concepto. Así, el CCA consta de 5 dimensiones o "conjuntos lógicos de conducta": Conducta Contranormas, Vandalismo contra la propiedad pública y privada, Robo, Agresiones físicas contra las personas, y Consumo de drogas. En la elaboración de este cuestionario hemos partido de un primer listado de ítems seleccionados de instrumentos ya existentes. Para asegurar que este conjunto de ítems cubría las conductas antisociales más frecuentes entre los jóvenes, solicitamos la colaboración de un grupo de adolescentes institucionalizados, a los que pedimos información acerca de si consideraban que había conductas no recogidas en el listado, relativamente frecuentes entre sus grupos de pertenencia. Las respuestas de estos adolescentes supusieron la creación de un nuevo conjunto de ítems, obteniéndose así un segundo listado de 141 ítems que constituyen la escala de partida. Los 82 ítems que componen la escala final son aquellos que, en un estudio posterior discriminaban perfectamente (a un nivel de significación igual o superior a .0001) entre un grupo de 253 sujetos no delinquentes y un grupo de 40 delinquentes (tomando como criterio de delincuencia índices oficiales referidos a detenciones de la policía, paso por los Tribunales, etc.). La consistencia interna de los ítems (alfa de Cronbach) obtenida con esta muestra se situó en .98 para la escala total (.87 para Conducta Contranormas, .92 para Vandalismo, .95 para Robo, .91 para Agresión, y .95 para Consumo de Drogas). Todos los ítems deben ser respondidos en una escala tipo Likert de 4 alternativas, referidas a la frecuencia de realización de la conducta: "0 veces" (con un valor asignado de 0), "De 1 a 5 veces" (valor 1), "De 6 a 10 veces" (valor 2), y "Más de 10 veces" (valor 3). En este trabajo, y con el propósito de evaluar exhaustivamente la relación empatía/conducta antisocial, utilizaremos las puntuaciones de los sujetos en cada una de las dimensiones que componen el cuestionario.

## **Resultados**

Para poner a prueba nuestra hipótesis, hemos realizado, en primer lugar, tres análisis de correlación (Programa SPSS) entre los componentes afectivo y cognitivo de la empatía y los distintos tipos de conducta antisocial, uno para la muestra total de sujetos, y dos más para las muestras de hombres y mujeres considerados aisladamente.

**TABLA 1: Coeficientes de correlación de Pearson entre los componentes afectivo y cognitivo de la empatía y los distintos tipos de conducta antisocial, para la muestra total y para las muestras de hombres y mujeres.**

MUESTRA TOTAL (N= 540)	CONDUCTA CONTRA NORMAS	VANDALISMO	ROBO	AGRESIONES	CONSUMO DE DROGAS	DELINCUENCIA TOTAL
Empatía Afectiva	**** -,25	**** -,43	**** -,34	**** -,41	**** -,26	**** -,40
Empatía Cognitiva	**** -,20	**** -,23	**** -,14	**** -,22	**** -,21	**** -,24
HOMBRES (N= 270)						
Empatía Afectiva	**** -,26	**** -,45	**** -,36	**** -,43	**** -,30	**** -,44
Empatía Cognitiva	**** -,20	** -,17	** -,14	**** -,21	**** -,25	**** -,23
MUJERES (N= 270)						
Empatía Afectiva	-,06	* -,12	* -,10	**** -,20	-,05	** -,13
Empatía Cognitiva	-,05	-,08	* ,10	-,02	-,03	-,02

\*\*\*\* p ≤ .0001 \*\*\* p ≤ .001 \*\* p ≤ .01 \* p ≤ .05

Los resultados de estos análisis (Tabla 1) permiten afirmar que la empatía sí parece jugar algún papel en la conducta antisocial de los adolescentes. En el análisis para la muestra total se observa que la empatía muestra una relación significativa y negativa con los 5 tipos de conducta antisocial, así como con la conducta delictiva globalmente considerada. Esta asociación es más fuerte para el componente afectivo de la empatía que, para el cognitivo, y alcanza los mayores niveles para la relación de la empatía afectiva con las conductas de vandalismo contra la propiedad pública y privada ( $r = -.43, p < .0001$ ) y agresiones físicas contra las personas ( $r = -.41, p < .0001$ ), es decir, para aquellas conductas que implican un mayor grado de agresividad.

Las correlaciones para las muestras de hombres y mujeres permiten delimitar esta asociación. Así, mientras en la muestra de hombres se mantiene el mismo patrón de resultados obtenidos para la muestra total, incluso con correlaciones más elevadas, en la muestra de mujeres la asociación aparece únicamente para algunas conductas. Concretamente, en cuanto a la empatía afectiva, la correlación es significativa (y de signo negativo), para las conductas de agresión ( $r = -.20, p < .001$ ), vandalismo ( $r = -.12, p < .05$ ), y robo ( $r = -.10, p < .05$ ), así como para la delincuencia total ( $r = -.13, p < .01$ ), y no aparece ni para la conducta contra normas ni para consumo y tráfico de drogas. El panorama es todavía más divergente, con respecto a la muestra de hombres, para la empatía cognitiva, en donde no se observa ninguna asociación significativa con conducta antisocial, excepto en la dimensión de robo, pero en el sentido contrario al esperado, es decir, la correlación es de signo positivo ( $r = .10, p < .05$ ). Conviene señalar que, en la muestra de mujeres los valores  $r$  son sensiblemente inferiores, en todos los casos, a los de la muestra de hombres, por lo que, posiblemente, las relaciones obtenidas para la muestra total sean debidas a la clara asociación entre empatía y conducta antisocial que se observa para los adolescentes varones.

En la Tabla 2 aparecen recogidas las puntuaciones medias en empatía afectiva y cognitiva para la muestra total, y para hombres y mujeres. Los datos confirman, de acuerdo con los estudios previos, que las mujeres alcanzan puntuaciones claramente más elevadas que los hombres, tanto en el componente afectivo como cognitivo de la empatía.

Por último, y dado que uno de los intereses prioritarios de este trabajo es el de determinar si los adolescentes con conducta antisocial presentan algún tipo de déficit en su nivel de empatía, cuando se los compara con los que no mantienen este tipo de conductas, hemos realizado un análisis de varianza (programa BMDP1V) para cada una de las dimensiones de conducta antisocial, comparando en todos los casos, a aquellos sujetos que puntuaban 0 en la conducta (grupo de no delincuentes) con aquellos cuyas puntuaciones en la dimensión, los situaban entre el 10% superior -percentil 90- (grupo de delincuentes). Dadas las diferencias observadas en los análisis previos, estos análisis se han realizado únicamente para los hombres y las mujeres consideradas aisladamente.

**TABLA 2: Puntuaciones medias y desviaciones estandar para la muestra total, hombres y mujeres, en empatía afectiva y cognitiva.**

MUESTRA	N	EMPATIA AFECTIVA		EMPATIA COGNITIVA	
		$\bar{X}$	DS	$\bar{X}$	DS
TOTAL	540	75.56	.51	26.24	.29
HOMBRES	270	70.29	.61	24.57	.44
MUJERES	270	80.83	.69	27.91	.31

En la Tabla 3 se observa que los resultados vienen a confirmar el patrón esbozado en los análisis de correlación. Esto es, para la muestra de hombres se aprecia, en todos los casos, que las puntuaciones medias de los delincuentes son significativamente inferiores a las de los no delincuentes, tanto para el componente afectivo de la empatía como para el cognitivo. De nuevo, es el aspecto afectivo el que parece establecer las mayores diferencias entre los grupos, y, concretamente, las puntuaciones extremas corresponden a las comparaciones entre sujetos delincuentes y no delincuentes en las conductas de vandalismo ( $F = 42.72$ ,  $p < .0001$ ).

En cuanto a las mujeres, y para el componente afectivo de la empatía, aún cuando las delincuentes alcanzan siempre puntuaciones más bajas que las no delincuentes, las diferencias no son significativas, excepto para las conductas de agresión ( $F = 16.05$ ,  $p < .0001$ ) y vandalismo ( $F = 3.85$ ,  $p < .05$ ), mientras que para la conducta de robo rozan la significación estadística ( $F = 3.33$ ,  $p = .06$ ). Para el componente cognitivo no se observa ninguna diferencia significativa entre los grupos, aunque en todos los casos, (excepto para la conducta de robo), las mujeres no delincuentes puntúan ligeramente más alto que las delincuentes. Un dato importante a reseñar es que, tal como puede verse en la Tabla 3, para todas las conductas el grupo de mujeres delincuentes presenta mayores niveles de empatía que los hombres delincuentes e, incluso, que los hombres no delincuentes. Es decir, las mujeres, independientemente de que realicen o no actividades delictivas, mantienen niveles de empatía claramente más elevados que los hombres.

Un último dato a destacar es que, al realizar un análisis de correlación entre los componentes afectivo y cognitivo de la empatía, se observa que la asociación entre ambos es positiva y significativa para la muestra total ( $r = .22$ ,  $p < .0001$ ) y para la muestra de varones ( $r = .21$ ,  $p < .0001$ ), pero no para la de mujeres ( $r = .05$ ).

**TABLA 3 : Análisis de varianza entre delinquentes y no delinquentes para los distintos tipos de conducta antisocial en las muestras de hombres y mujeres.**

	CONDUCTA CONTRA NORMAS		VANDALISMO		RIBO		AGRESION		CONSUMO DE DROGAS		
	ND N=83 X̄	D N=36 X̄	ND N=73 X̄	D N=30 X̄	ND N=111 X̄	D N=30 X̄	ND N=36 X̄	D N=32 X̄	ND N=188 X̄	D N=30 X̄	F
<b>HOMBRES</b>											
Empatía Afectiva	71.40	63.47	74.56	60.30	72.91	60.77	75.81	59.66	71.77	63.60	18.80 <sup>****</sup>
Empatía Cognitiva	20.20	21.03	26.56	21.27	26.23	21.87	26.14	21.19	25.37	19.00	16.60 <sup>****</sup>
<b>MUJERES</b>											
	N=120	N=32	N=165	N=33	N=189	N=27	N=99	N=31	N=229	N=24	
Empatía Afectiva	81.95	78.16	82.63	78.55	82.24	78.30	84.65	76.29	81.20	79.04	.80
Empatía Cognitiva	28.73	28.31	28.09	27.61	26.97	29.07	27.81	27.48	27.85	27.42	.23

ND : No Delinquentes, D: Delinquentes

\*\*\*\* p ≤ .0001 \*\*\* p ≤ .001 \*\* p ≤ .01 \* p ≤ .06 # p = .06

## Discusión

Los resultados de este trabajo confirman, en general, la hipótesis de partida, en el sentido de que los adolescentes con conducta antisocial son deficitarios en empatía cuando se les compara con sujetos de su misma edad que no realizan actividades delictivas. Además, y de acuerdo con las conclusiones de Rotenberg (1974), el déficit parece ser especialmente acusado en cuanto al componente afectivo de la empatía.

Una posible explicación de este fenómeno podría derivarse del hecho de que la empatía afectiva implica una "respuesta solidaria" con los sentimientos del otro, es decir, una involucración especialmente intensa en sus emociones (Mehrabian y Epstein, 1972) y, lógicamente, los sujetos altos en esta habilidad estarán menos inclinados a realizar conductas que provoquen en los demás sentimientos "negativos".

Esta explicación es congruente, además, con el hallazgo de que las puntuaciones más bajas en empatía afectiva correspondan a aquellos adolescentes con conducta antisocial violenta. Es decir, y de acuerdo con Braunstein (1975), Feshbach (1975), Aleksy (1976) y Ellis (1982), podría afirmarse que la empatía actúa inhibiendo la conducta agresiva.

Es necesario señalar, sin embargo, que uno de los datos más significativos en los resultados de este trabajo es que, la relación empatía/conducta antisocial parece estar fuertemente modulada por la variable sexo. Mientras que para los adolescentes varones la relación es clara: cuanto menor es el nivel de empatía afectiva y cognitiva mayor es la involucración en actividades delictivas; para mujeres, esta relación presenta una mayor complejidad. La relación es, para ellas, mucho más específica, limitándose, casi exclusivamente, a las conductas violentas y al componente afectivo de la empatía. Además, los aspectos afectivo y cognitivo de la empatía mantienen entre sí una relación significativa para los hombres, pero no para las mujeres.

A este respecto, conviene recordar que nuestros datos, de acuerdo con todas las investigaciones previas (Adams y col., 1979); Hanson y Mullis, 1985) confirman claramente que las mujeres son más empáticas que los varones de su misma edad, e, incluso, que esta diferencia se mantiene al comparar mujeres delincuentes con hombres no delincuentes. Es decir, las mujeres presentan un alto índice de empatía realicen, o no, actividades delictivas.

Estas diferencias en empatía entre hombres y mujeres han sido atribuidas (Hoffman, 1977) a las divergencias en las pautas de crianza que, tradicionalmente, se han venido utilizando para uno y otro sexo. Desde esta perspectiva se asume que las mujeres han sido socializadas de un modo que favorece el desarrollo de habilidades orientadas hacia las relaciones interpersonales "cálidas" en mucha mayor medida que los hombres. Es decir, la capacidad para comprender y/o compartir los sentimientos y emociones de los otros sería una característica ligada al rol femenino antes que al estereotipo de rol masculino. El elevado nivel de empatía de

las mujeres podría, además, ser una de las causas de que el porcentaje de delincuencia femenina sea considerablemente menor que el de delincuencia masculina.

Este tipo de razonamiento podría, también, contribuir a explicar por qué la relación entre empatía y conducta delictiva es menos clara para las mujeres que para los hombres. Si partimos del hecho de que, en general, las mujeres han sido socializadas de un modo que favorece el desarrollo de la empatía, es natural tanto que presenten menor grado de delincuencia que los hombres, como que, aún cuando realicen actividades delictivas, sigan manteniendo niveles importantes de empatía. Teniendo en cuenta que, de acuerdo con nuestros datos, es el aspecto afectivo de la empatía el que establece la relación entre empatía y delincuencia para mujeres, la cuestión a clarificar es el "retraso" en el desarrollo de la empatía afectiva de las mujeres con conducta delictiva violenta. El modelo de conducta prosocial de Hoffman (1977, 1978, 1982) establece claramente que para un adecuado desarrollo de los aspectos afectivos de la empatía no es suficiente la asunción del *rol* femenino tradicional, sino que es necesario que en la socialización del individuo se hayan utilizado técnicas educativas basadas en el razonamiento, y en la explicitación de las consecuencias que la propia conducta tendrá para los demás, así como que los agentes socializadores manifiesten un apoyo afectivo constante y actúen como modelos de *rol* convencionales. Es pensable que para explicar el bajo nivel de empatía de las mujeres con conducta agresiva haya que recurrir a factores de este tipo. De todos modos, ésta es únicamente una hipótesis tentativa, que requiere, necesariamente, posteriores comprobaciones empíricas en estudios en los que se analice el proceso de socialización en la familia y su relación con la empatía.

En cualquier caso, y resumiendo los resultados de este trabajo, cabría afirmar que la empatía parece ser una variable imprescindible para la comprensión de la conducta antisocial de los adolescentes varones, y un factor a tener en cuenta en la conducta violenta de las mujeres.

Aunque éste pretende ser únicamente un estudio exploratorio, consideramos que los hallazgos son suficientemente relevantes como para alentar futuras investigaciones en esta dirección. Recientemente, autores como Buikhuisen y col. (1985), habían sugerido la necesidad de completar los modelos de delincuencia introduciendo variables de desarrollo personal que pudiesen actuar como nexos de unión entre las pautas de socialización presentes, fundamentalmente, en el hogar y la conducta del adolescente. A nuestro juicio, la empatía se revela como una variable potencialmente útil para este propósito.

## Bibliografía

- ADAMS, G. R. ; SCHNANEVELDT, J. D. y JENSON, G. O. (1979): Sex, age, and perceived competency as correlates of empathic ability in adolescence. *Adolescence*, 14, 811-818.
- ALEKSIC, P. (1976): A study of emphatic inhibition of aggression in juvenile delinquents (Doctoral dissertation, Miami University, 1975). *Dissertation Abstracts International*, 36, 4675-4676.
- ARONFREED, J. (1968): *Conduct and conscience: the socialization of internalized control over behavior*. New York. Academic Press.
- BARNETT, M. A. y THOMPSON, J. (1985): The role of perspective taking and empathy in children's machiavellianism, prosocial behavior, and motive for helping. *The Journal of Genetic Psychology*, 146, 3, 295-307.
- BRAUNSTEIN, R. (1975): Emphaty, impulse control, and overt aggression in children (Doctoral dissertation, Temple University, 1974). *Dissertation Abstracts International*, 35, 2986.
- BRYANT, B. K. (1982): An index of emphaty for children and adolescents. *Child Development*, 53, 413-425.
- BUIKHUISEN, W. ; VANDERPLASKORENHOF, C y BOTEKOE, E. H. M. (1985): Parental home and deviance. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 29, 3, 201-211.
- CHLOPAN, B. E. ; McCAIN, M. L. ; CARBONELL, J. L. y HAGEN, R. L. (1985): Emphaty: review of available masures. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 3, 635-654.
- CLARK, J. P. y TIFFT, L. L. (1966): Polygraph and interview validation of self-reported deviant behavior. *American Sociological Review*, 31, 516-523.
- COKE, J. ; BATSON, C. y McDAVIS, K. (1978): Emphatic mediation for helping: a two-stage model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39, 481-495.
- DAVIS, M. H. (1980): A multidimensional approach to individual differences in empathy. *JSAS Catalog of Selected Documents in Psychology*, 10, 85.
- DAVIS, M. H. (1983): Measuring individual differences in empathy: evidence for a multidimensional approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44, 113.
- DAVIS, M. H. (1985): The effects of dispositional empathy on emocional reactions and helping: a multidimensional approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 2, 167-185.
- DENTLER, R. A. y MONROE L J.. (1961): Social correlates of early adolescents theft. *American Sociological Review*, 26, 733-743.
- DEUTSCH, F. y MADLE, R. A. (1975): Empathy: historic and current conceptualizations ands a cognitive theoretical perspective. *Human Development*, 18, 267-287.

- DYMOND, R. F. (1950): Personality and empathy. *Journal of Consulting Psychology*, 14, 343-350.
- EINSENBURG-BERG, N. y MUSSEN, P. (1978): Empathy and moral development in adolescence. *Developmental Psychology*, 14, 185-186.
- EINSENBURG, N. y LENNON, R. (1983): Sex differences in empathy and related capacities. *Psychological Bulletin*, 94, 1, 100-132.
- EISENBERG, N. y MILLER, P. A. (1987): The relation of empathy to prosocial and related behaviors. *Psychological Bulletin*, 101, 1, 91-120.
- ELLIS, P. C. (1982): Empathy | a factor in antisocial behavior. *Journal of abnormal Child Psychology*, 10, 1, 123-134.
- FARRINGTON, D. P. (1979): Environmental stress, delinquent behavior, and convictions. En: I. G. Sarason y C. D. Spielberg (Eds.). *Stress and Anxiety* (vol 6). New York, Wiley.
- FESHBACH, N. (1975): Empathy in children: some theoretical and empirical considerations. *Counseling Psychologist*, 5, 25-30.
- FESHBACH, N. y ROE, K. (1968): Empathy in six and seven years olds. *Child Development*, 34, 133-145.
- GIBSON, H. B. ; MORRISON, S. y WEST, D. J. (1970): The confession of know offences in response to a self-reported delinquency schedule. *British Journal of Criminology*, 10, 277-280.
- GOLDSTEIN, A. P. y MICHAELS, G. Y. (1985): *Empathy, development, training, and consequences*. London. Lawrence Erlbaum Associates Publisher
- HANSON, R. A. y MULLIS, R. L. (1985): Ages and gender differences in empathy and moral reasoning among adolescents. *Child Study Journal*, 15, 3, 181-189.
- GRUEN, R. J. y MENDELSON, G. (1986): Emotional responses to affective displays in others: the distinction between empathy and sympathy. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 3, 609-615.
- HOFFMAN, M. (1975): Empathy, role-taking, guilt, and development of altruistic motives. En T. Lickona (Ed.): *Moral Development and Behavior: Theory Research, and Social Problems*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- HOFFMAN, M. (1977): Sex differences in empathy and related behaviors. *Psychological Bulletin*, 84, 712-722.
- HOFFMAN, M. (1978): Empathy, its development and prosocial implications. *Nebraska Symposium on Motivation*, 25, 169-217.
- HOFFMAN, M. L. (1982): Measurement of Empathy. En C. Izard (Ed.) *Measuring Emotions in Infants and Childrens*. New York. Cambridge University Press.
- HOGAN, R. (1969): Development of an Empathy Scale. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 33, 207-216.
- HOGAN, R. (1973): Moral Conduct and Moral Character: A Psychological Perspective.. *Psychological Bulletin*, 79, 217-232.

- HOPPE, C. y SINGER, R. (1976): Overcontrolled Hostility, Empathy, and Egocentric balance in Violent and Nonviolent Psychiatric Offenders. *Psychological Reports*, 39, 1303
- IANNOTTI, R. (1978): Effect of Role-Taking, Emphaty, Altruism and Aggression. *Developmental Psychology*, 14, 119-124.
- JURKOVIC, G. y PRENTICE, N. (1977): Relation of Moral and cognitive Development to Dimensions of Juvenile Delinquency. *Journal of Abnormal Psychology*, 86, 414/420.
- KALLIOPUSKA, M. (1983): Relationship Between Moral Judgment and Empathy. *Psychological Reports*, 53, 575-578.
- KENDALL, P. ; DEADORFF, P. y FINCH, A. (1977): Empathy and Socialization in First and Repeat Offenders and Normals. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 5, 93-97.
- KOHLBERG, L. (1969): Stages and Sequences: The Cognitive-Developmental Approach to Socialization. En D. Goslin (Ed.) *Handbook of Socialization Theory and Research*. Chicago, Rand McNally.
- MARKUS, R. F. ; ROKE, E. J. y BRUNER, C. (1985): Verbal and Nonverbal Empathy and Prediction of Social Behavior of Young Childrens. *Perceptual and Motor Skills*, 60, 299/310.
- MEHRABIAN, A. y EPSTEIN, N. (1972): A measure of Emotional Empathy. *Journal of Personality*, 40, 525-543.
- MULLIS, R. L. y HANSON, R. A. (1983) Perspective Taking Among Offender and Nonoffender Youth. *Adolescence*, 18, 72, 831-837.
- OLCZACKI, P. V. ; PARCELL, S. R. y STOTT, M. W. (1983): Defining delinquency: Specificity of the research Sample and Right to Treatment. *Journal of Clinical Psychology*, 39, 1007-1012.
- PELECHANO, V. (1984): Inteligencia Social y Habilidades Interpersonales. *Análisis y Modificación de Conducta*, 10, 26, 393-421.
- PELECHANO, V. (1986): Inteligencia y Habilidades Interpersonales: La excepcionalidad en el Tratamiento de un tema. *Análisis y Modificación de Conducta*, 12, 33, 317/347.
- REISS, H. y RHODES, A. L. (1961): The Distribution of Juvenile Delinquency in the Social Class Structure. *American Sociological Review*, 26, 720-732.
- ROTENBERG, M. (1974): Conceptual and Methodological Notes on Affective and Cognitive Role-Taking (Sympathy and Empathy): An Illustrative Experiment with Delinquent and Nondelinquent Boys. *Journal of genetic Psychology*, 125, 177-185.
- SHANTZ, C. (1975): Empathy in Relation to Social Cognitive Development. *Counseling Psychologist*, 5, 18-21.
- UNDERWOOD, B. y MOORE, B. (1982): Perspective taking and Altruism. *Psychological Bulletin*, 91, 143-173.